

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 28 Mayo 1914.-Número 22.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN
PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 150 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

El canon 55 quiere «que se deponga al Clérigo que sin motivo insulta á su Obispo.»

En esto ha adelantado, ó mejor dicho, atrasado mucho el clero. En ese canon se reconoce implícitamente que, *habiendo motivo*, no incurría en falta ni en pena el sacerdote que insultaba á su obispo. Sin motivo, sí. Hoy se castiga duramente, no ya al que insulta á su obispo, pues este caso no se da, sino al que no sufre con paciencia y resignación cristiana los insultos que su obispo le dirige á él. Aquello era más justo.

El 56 ordena «la privación de la Comunión contra los Clérigos que insultan á un Sacerdote ó á un Diácono.»

Se conoce que las peloterías estaban á la orden del día entre los cristianos del siglo primero, y que por un quítame allá esas pajas se tiraban los sacerdotes los trastos á la cabeza. Afortunadamente hoy se ha suavizado esta costumbre, pues son pocas las veces que se insultan en público, aunque se tiren al codillo en secreto. Y esta es una gran ventaja, pues, por lo menos, se evita el escándalo.

El 59 manda «á los Obispos y á los Sacerdotes que tengan cuidado de los Clérigos que se hallan en necesidad: si rehusan darles lo necesario para vivir, quieran que se les

prive de la Comunión; y si continúan en su dureza, que se les deponga como á homicidas de sus hermanos.»

Aun cuando en los primeros tiempos del cristianismo todos los bienes eran comunes entre los fieles, parece que había ya obispos y sacerdotes inhibidos voluntariamente del deber de atender á sus hermanos. Me guardaría de afirmar bajo juramento que hoy ocurre todo lo contrario, pues vemos por ahí á lo mejor clérigos que se comen los codos de hambre por haberles su obispo retirado las licencias.

El 66 quiere, «que se deponga al Clérigo, que riñendo con su contrario le haya muerto, aunque no le haya dado sino un solo golpe.»

En esto de matar de un sólo golpe no ha habido variación alguna desde el siglo 1.º. Hace poco un presbítero mató así á otro en Toledo. Por cierto que ignoro el estado en que se halla el proceso civil que se le formó.

El 73 prohíbe baxo la pena de excomunión, «que nadie convierta en su propio uso lo que se había consagrado á Dios, como los ornamentos de la Iglesia, de oro, de plata, ó de lino.»

Este canon debe hallarse derogado. Me fundo para suponerlo, en la frecuencia con que hoy dispone el clero de los objetos del culto que se hallan bajo su custodia. Apenas pasa día sin que se hable de la venta de tapices, cálices, custodias, ornamentos, cuadros, etc., etc. En esto se ha conservado incólume la costumbre introducida ya en el primer siglo.

El 76 prohíbe, «que un Obispo ordene á sus parientes por respetos humanos, como si les quisiera hacer herederos de su Dignidad, en cuyo caso será nula su ordenación, y él mismo será depuesto.»

Hoy la Iglesia es menos intolerante en este punto de los parientes, pues no castiga á los obispos que procuran por los suyos. Así un Guisasa obispo, puede tener un sobrino Guisasa arzobispo y cardenal.

El 81 prohíbe «que los Obispos y los Sacerdotes se mezclen en la administración de negocios públicos y seglares.»

Hoy no sería necesario dictar ese

cánon, por que los obispos y muchos sacerdotes apenas si tienen tiempo para dedicarse á administrar otros negocios que los propios. Los jesuitas y los frailes sobre todo.

El 83 ordena «que se depongan los Obispos, los Sacerdotes y Diáconos que ejercen empleos militares.»

La afección á la milicia nació con la Iglesia, á juzgar por ese canon, y se ha conservado inalterable á través de los siglos. En España especialmente, la Historia nos presenta ejemplos á millares de obispos y sacerdotes de armas tomar, que en guerras y revueltas demostraron su natural pendenciero y bravucón. El siglo pasado puso el mingo en esto de curas *amilitarados*, pues fueron muchos los que ejercieron esa profesión con gran celo y eficacia.

El 84 quiere «que se deponga al Clérigo, que falta al respeto debido á los Soberanos y á los Magistrados, ó á los Superiores.»

La aplicación de este canon en estos instantes, podría producir gravísimos conflictos en España; por esto me complace infinito que á nadie se le ocurra ni pensar siquiera en que se cumpla. Si se depusiera á todo clérigo que faltase á las autoridades ó á las leyes, podrían encontrarse un día los fieles sin los suficientes para atender á las necesidades del culto. Son tantos los que prescinden de todo respeto á las autoridades por la impunidad en que quedan sus desafueros, que podría no encontrarse en caso de urgencia ni uno disponible para llevar el viático á un ladrón arrepentido que tratara á última hora, cuando ya no puede disfrutar de ellos, de dejar sus bienes á la Iglesia.

SIGLOS II Y III

Pasémoslos por alto, puesto que en ellos fueron pocos y de escasa importancia los Concilios que se celebraron.

SIGLO IV

CONCILIO DE ELVIRA (*Eliberitanum*), año de 303.

«El canon 18 manda «que los Obispos, los Sacerdotes y los Diáconos no dexen sus Iglesias para traficar, y que no viajen por las provincias para frecuentar las ferias y mercados.»

Se ve que el espíritu de tráfico seguía desde el siglo primero inalterable en el sacerdocio, si bien en la parte terrenal: hoy es en el espiritual donde más lo manifiesta y desarrolla. Hablo del clero secular. Las Ordenes religiosas siguen traficando en los dos campos.

El 19 ordena «que si se descubre que un Obispo, un Sacerdote ó un Diácono ha cometido un adulterio, después de su ordenación, se le niegue la Comunión hasta en la muerte.»

Muy delgado se hilaba entonces tocante al punto este, mas de seguro que había muchos sacerdotes privados de comunión. Me fundo para pensarlo, en los infinitos cánones que se dictaron en aquel siglo condenando la lujuria del clero, con escaso resultado.

El 20 «quiere que se degrade y se excomulgue á los Clérigos convencidos de haber recibido usuras.»

Muy arraigado debía estar entre el clero el vicio de la usura, cuando no bastó á contenerlo ó desterrarlo el Cánón 44 del Concilio celebrado en Jerusalén el siglo primero. Hoy, hablando en propiedad, son pocos los sacerdotes que ejercen de *Matías*, públicamente al menos. Esto no quiere decir que yo niegue la posibilidad de que algunos presten á réditos bajo cuerda, ó sea por segunda mano.

El 27 dice, «que el Obispo ó cualquier Clérigo pueda tener en su casa á su hermana ó hija, con tal que sea virgen y consagrada á Dios, pero no á una mujer extraña.»

Poca confianza inspiraban los sacerdotes en cuanto se relacionaba con la castidad. Ciertamente es que quien quita la ocasión quita el peligro, y que donde menos se piensa salta la liebre, y que entre santa y santo pared de cal y canto, y que el diablo los carga, etc., etc. Lo que no creo, es que se llevara muy á punta de lanza la prohibición. Sobre todo en España, donde las leyes suelen estar vigentes una ó dos semanas á lo sumo.

El 33 «ordena generalmente á los Obispos, Sacerdotes, Diáconos, y á todos los Clérigos que ejercen el ministerio, que se abstengan de sus mugeres, baxo la pena de ser privados del honor de la Clericatura.»

Por si no alcanzaba el primer canonazo, este Concilio disparó el segundo, á cinco cánones de distancia. La sordera debía ser enfermedad endémica en los sacerdotes del siglo IV al hablarles de este asunto.

El 48 «reforma la costumbre de echar dinero en las fuentes cuando

se recibe el bautismo, para que no parezca que el Obispo vende lo que recibió gratuitamente.»

Sin duda desde entonces quedó establecida la costumbre de entrar en propia mano al sacerdote el importe del bautismo. La preocupación de que parezca que se vende lo que gratuitamente se recibió, ha desaparecido por completo. Hoy hasta se fija el precio en Arancel. En todo se adelanta. El tiempo no corre en vano.

El 50 «prohibe, baxo de pena de excomunión, que los Clérigos y Fieles coman con los Judíos.»

Ignoro si esa prohibición se mantiene todavía cuando se trata de judíos que no tienen una perra chica, y, por consiguiente, dan mal de comer. Entre los poderosos no se observa ya. Católicos y judíos confraternizan en las mesas de comedor, como en las de despacho se entienden para desplumar al prójimo en negocios de Banca, sin reparar en si profesa ésta religión ó aquella. El judío Bauer y el jesuita Comillas pueden atestiguarlo.

El 62 «quiere que si un cochero del circo, un pantomimo, ó un cómico, se quiere convertir, renuncie primero á su oficio sin esperanza de volverlo á ejercer; después de lo qual se le recibirá; y si después de recibido contraviene á esta prohibición, sea excluido de la Iglesia.»

Recomiendo la lectura de este canon á los cómicos devotos del Cristo Tal ó de la Virgen Cal, y á todos los que divierten al público, incluso el torero Gallito, apasionado místicamente de la Virgen de la Esperanza, para que se enteren de cómo los trataba la Iglesia; advirtiéndoles de paso que hasta les negaba sepultura en lugar sagrado.

JOSÉ NAKENS

(Continuará.)

Mauristas heroicos

Al salir del Congreso el Sr. Maura el día que pronunció el discurso condenando los rumbos que sigue a guerra iniciada por él en Marruecos, sus *requetés*, que iban acompañándole, escandalizaban al público, lanzando vario gritos, entre ellos éste: *¡Maura, sí!*

Un obrero que salía de su trabajo, indignado de aquella provocación insensata, protestó diciendo: *¡Maura, no! ¡Viva Ferrer!* é inmediatamente cayeron sobre él aquellas turbas que confiesan y comulgan, y comenzaron furiosas á darle puñetazos, patadas y bastonazos, no habiendo acabado con él, gracias á la intervención

de varios soldados, tres guardias, tres agentes de policía y varios transeúntes, que pudieron arrancarlo de sus garras y meterlo en un portal.

Un jefe de policía, en vez de proceder contra quienes lo maltrataron, mandó atar al obrero codo con codo y conducirlo á la dirección general de Policía.

Una vez allí, le fué tomada declaración, dijo llamarse Feliciano Martín, y fué puesto en libertad, dado que sus antecedentes no podían ser mejores.

Estas provocaciones de los reaccionarios, cada vez más envalentados, preparan días de luto á España. Si el partido republicano estuviera como debía estar, casi deberíamos excitarlas para acabar de una vez.

La valentía de este obrero, que ha sido unánimemente elogiada por la prensa independiente, ha inspirado á *El País* estas hermosas líneas:

EL HOMBRE DEL DÍA

No lo es Maura con haber estado elocuentísimo y haber defendido doctrinas simpáticas sobre la política que debe seguirse en Marruecos después de firmado el Tratado con Francia.

No lo es Dato aún ungido por el óleo de la mayoría, «oleado» ó aplaudido por los más de los diputados conservadores.

El hombre es el obrero, que sólo, inerme, se encuentra al volver del trabajo, en plena calle, con una manifestación ilegal, turbada la tranquilidad de la calle por «gentes bien» (como dicen en su estúpida galiparla), por masas conservadoras, por señoritos de esos que denominan canalla y chusma á los obreros cuando se reúnen, se manifiestan ó se amotinan.

El trabajador oye vivas, ve aclamar á Maura y hacer con él lo que suelen otros señoritos con el diestro, con el fenómeno en boga.

Y el obrero, que no ha oído á Maura, que no sabe lo que ha dicho, pero que recuerda lo que hizo en 1909, opone vivas á Ferrer! á los otros videntes.

«Su decir es más valiente», porque es uno, y los otros son muchos. Caen sobre él vario, cobardes, porque son muchos contra uno, y el obrero se defiende y sigue gritando.

Lo detienen, no le encuentran arma alguna y lo ponen en libertad. No pudo sostener el hervor de su alma. Su protesta es más elocuente que todos los discursos. Se llama ese joven *Feliciano Martín Recio*. No le conocíamos. Le estimamos ya. Es un hombre. Es un joven digno de su juventud. Su actitud es una lección y es un aviso.»

Heliodoro Peñasco

Estos días se está viendo en la Audiencia de Ciudad Real la causa contra los presuntos asesinos de aquel hombre bueno, justo e inteligente. Hasta el momento de cerrar este número, las declaraciones de los testigos son contrarias al cacique preso, José Antonio Rosales, como inductor, y al reputado autor material del crimen, Cándido Pérez (a) *El Peñales* (a) *El Sermone*. Este contradice sus declaraciones anteriores es contra el cacique, y dice que quien mató al Sr. Peñasco fué el *Curita*, el otro procesado que murió en la cárcel.

Los acusadores en nombre de la desahogada familia de Peñasco, son Menéndez Pallarés y Alvaro Albornoz.

El defensor del millonario cacique, Melquiades Alvarez.

En la semana próxima, que habrá terminado la vista de la causa, hablaré del resultado.

Entre jesuitas

«Por sus frutos los conocerás.»

(Jesucristo).

Heme aquí, carísimo lector, metido en un brete: en el brete en que me pone el jesuita Ruiz Amado citándome como testigo excepcional contra su antiguo hermano el P. Mir.

Cierto es que generalmente me presenta del brazo... ¿de quién dirás, lector amado? Pues, de D.^a Emilia Pardo Bazán, á quien deseo que la pareja sea tan grata como á mí. La exquisita condesa, por haber publicado ciertos escritos sobre Mir, en el *Diario de la Marina* de la Habana; este servidor por los que ha escrito en *EL MOTIN*, en *El Radical* y en otras partes.

Deplorable es, por un lado, verse uno traído á estrados por la Compañía, en testimonio de hechos que crea favorecerla. ¡Es tan depravada su causa, en general! Pero en fin: *amicus Plato, sed magis amica veritas*. Cuando los escritos de *EL MOTIN* pasan á ser invocados como textos de veracidad en cuestión tan magna ante la Santa Iglesia Romana, prueba es de que muy valederos serán nuestros asertos. Y prueba, además, que nosotros, y no los jesuitas del año pasado, teníamos plena razón al decir lo que dijimos de Mir y de la Compañía.

Pues á decir verdad, el pleito puesto por Mir á la Compañía, va enredándose por momentos: y algo tendrá el libro cuando tanto lo combaten.

¡Qué hombre de suerte el P. Mir! Que su libro haya removido al Papa y su Curia, al Nuncio y al Obispado antes de publicar e; y después de publicado, á los tribunales, la prensa diaria... la polémica... y luego vendrá el Índice...

Ahora estamos en el libro de Ruiz, uno de la serie que nos espera.

La pasión no debe cegarnos, por varias razones: primera y última, porque si muy jesuita es Ruiz, tan jesuita ó más fué Mir, por dentro y por fuera, hasta más allá de la tumba. Es más: creo que fué el jesuita más jesuita que Dios me echó á la cara.

Jesuiticos fueron sus ataques solapados unas veces, otras veces anónimos, otras veces disimulados á la Compañía de Jesús. Jesuiticos sus procedimientos, jesuiticos sus argumentos, jesuitica su táctica. Y no diré más para que no se aproveche la Compañía. Yo lamento que Mir fuera así.

El creyó que con ese sistema fingido podría conservar las relaciones y amistades con la grandeza cortesana; que con ello hacía mayor daño á la Sociedad combatida; que ganaría el apoyo de otras órdenes religiosas y de las autoridades eclesiásticas, y... ¡nada de todo ello! Su vida fué demasiado larga para poder seguir siendo jesuita fuera de la Compañía.

A estas horas, los frailes le tienen abandonado en la estacada; la Iglesia condena sus libros; la Compañía se regocija descubriendo la ficción; las amistades se perdieron; y su personalidad, como la de Ignacio, baja á la tumba borrosa é inconvincente. Su obra magna, su *Historia Interna de la Compañía*, de por sí habría sido nula, si nosotros no hubiéramos atraído sobre ella la atención y si la Compañía con sus desatinos no hubiese dado pie á ser jaleada en la prensa diaria.

¿Cuánto más habría podido hacer Mir, liándose la manta eclesiástica á la cabeza, y plantándose cara á la Iglesia, diciendo: «¡aquí estoy yo!»

Por esto el contralibro de Ruiz tiene dos puntos de apoyo, cuyo peligro expuse en vida al P. Mir, é insinué á raíz de su muerte, y que, por fin, han resultado aprovechados por la Compañía. Estos puntos son: la situación anfibia personal de Mir, y el criterio católico-monástico desde el cual pretendió combatir á la Compañía, y en cuya virtud, hizo concesiones exorbitantes en su libro, hubo de renunciar á atacar los puntos más sensibles, y estableció principios que venían á caer sobre él y á replicar cuanto decía contra el adversario.

«Fabricose él mismo el lazo en que

ahora es cogido» por su hermano Ruiz Amado.

Estos principios son el catolicismo y el monaquismo. Mir, en su libro, no solo afirma esos principios, sino que intenta con ellos batir al jesuitismo. ¡Vano intento! El fundamento actual del catolicismo es el Papa y su autoridad: con ella la Compañía le aplasta. El libro es una rebeldía contra el Papa.

Claro está que, para el lector avisado, el hecho de que Mir fuese rebelde al Papa con su libro, no prueba que la Compañía deje de serlo en todo, ni tampoco destruiría ese hecho, los hechos de rebeldía del Instituto citados en el libro. Pero no es eso: Mir santifica ese principio de autoridad, anatematiza la rebeldía, acusa al rebelde y lo deja hecho un guñapo.

Esto escribía antes de 1906, cuando creía con tales apologías papales, lograr la bendición papal para su libro. En vez de lograr la bendición, le conminaron... y se hizo rebelde contra el Papa, como la Compañía en parecidos trances; como todo jesuita; como el propio San Agustín, que cuando el Papa le reprobaba, apelaba de él; y cuando le aprobaba, salía gritando: «¡Ha hablado Roma; silencio todo el mundo! Se acabó la cuestión.»

Ruiz maneja contra Mir con jesuitica habilidad ese argumento. Si quisiera ser sincero, dijera á Mir: «dijo la sartén al cazo»... y yo les daría la razón á ambos. Tan jesuita es el uno como el otro, y sus argumentos son igualmente jesuiticos. La autoridad del Papa, hecha proyectil para descabezarse unos á otros, y nada más.

Del monaquismo, no hablemos. El jesuitismo es la quinta-esencia del monaquismo. Extrajo de cada orden lo peor, con el disfraz de lo mejor, y de la mezcla de todas esas esencias salió el jesuitismo. Diga lo que quiera Mir, y digan lo que quieran los jesuitas y frailes.

Mir gastó centenares de páginas en el intento de probar lo contrario. Rebuscó cuestiones añejas, resucitó ideas enterradas, pidió el auxilio de los frailes; aduló á éstos hasta lo deshonesto. Pero la falsedad de su castillo de naipes, queda al descubierto con un soplo de Ruiz Amado.

No; esta es la verdad que debe decirse sin ambages. El jesuita es el fraile refinado, como el fraile es el jesuita más ó menos en bruto, sin que esto obste á que, en orden á los individuos, haya frailes que dan quinque y raya al jesuita más redomado, aunque su orden se quede en zaga.

Quítese de la obra de Mir todo lo que se refiere á esos dos aspectos

de su criterio, y el texto queda reducido á una décima parte.

Aquellas cuestiones no nos interesan. Las triquiñuelas escolásticas y los tiquis-miquis frailecos, no son cuestiones serias. Tienen por sustancia el vacío y por armazón la fantasía de frailes en digestión, que tocaban las castañuelas teológicas cuando se hartaban de tocar otra cosa.

Fuera de esas cuestiones, queda la parte documental, que no se destruye tan fácilmente como pretende Ruiz Amado.

De esto, sin embargo, debemos decir algo.

Quéjase Ruiz de que se trunquen los textos ó se den aislados los documentos, no dando su conexión con otros. ¡Vaya un criterio de historia! A este paso fuera imposible hablar de nada, como no se comenzase por el Padre Adán, y como no se describiese la vida ambiente de todo el universo.

¡Frescos estaríamos de que no pudiese atacarse un artículo del Código sin leer por delante toda la Recopilación y los indigestos de que se derivaron las leyes.

Ese alegato de Ruiz le pone en ridículo: es fingir creer lo que él no puede creer, y exigir como previo un imposible.

Mas, en la parte documental, Mir omitió muchos documentos que debió haber reproducido en su libro y debió suprimir otros que sabía eran inconsistentes.

De unos y otros se aprovecha Ruiz.

Así, por ejemplo, Mir otorgó patente de *castísimos* á los jesuitas. Ruiz hace bandera de esta declaración. Mir sabía mucho de esto, de sus contemporáneos y de los viejos jesuitas. El mismo publicó en la *Revista de Archivos* un Memorial del P. Lafuente al Rey, que no hay más que pedir. Sin embargo, en su obra, al tratar de *los jesuitas y las mujeres*, él absuelve á la Compañía, y... reconocámoslo, la Compañía le absuelve á él, pues ni próxima ni remotamente se la acusa por este lado.

¿Qué misterio existe ahí? En tal silencio ¿hay un pacto de reciprocidad?

Precisamente está ahí el punto más vulnerable de la Compañía. Los documentos, á pesar de tratarse de hechos difíciles de llevar al papel y verificados sin testigos, abundan no poco. ¿Por qué los calló Mir? ¿Por qué extendió la patente de castos á los jesuitas?

Yo, con una estadística de 2.500 casos vistos en la Inquisición por abusos deshonestos en la confesión, puedo afirmar que los jesuitas ocupan el primer lugar entre todos los

frailes, y estos preceden al clero secular en mucha proporción.

Y hay que anotar que al jesuita le era menos fácil llegar á la ocasión, y que es más cauto y ladino en dejar rastros; todo lo cual aumenta aquella proporción.

Ruiz ha utilizado esta confesión de Mir. Por solo esto, la Compañía debiera erigirle un monumento.

Lo dicho es ténue reflejo del lance polémico Mir-Ruiz, en cuanto al tema general debatido.

Otros particulares más divertidos habrá lugar de tratarlos. Este reconocimiento justo del mérito del jesuita Ruiz, nos autorizará para censurarlo luego debidamente.

S. P. O.

El Gobierno y los Requetés

Por fin se ha suscitado en el Congreso la cuestión del armamento de los requetés. El gobierno, como si acabase de llegar de la luna, no está todavía seguro de que exista en la nación un partido organizado para el pandillaje, con jefes, masas, disciplina, banderas juradas, ejercicios, domicilio social público, programa sanguinario declarado, atentados cometidos, muertes, asaltos, asonadas, órganos de prensa, misas católicas en que se da la comunión oficial del Estado por ministros de la religión oficial.

El Gobierno no sabe si esto es conforme á la ley y á la política; ni he averiguado que sea la gestación de una guerra civil; ni que todo ejército en un país constitucional independiente del Estado, sea una horda, ó una kábila, ó una cuadrilla. Y pues nada de esto sabe el Gobierno, recordemos la frase con que el presidente de los Estados Unidos declaró la guerra á Méjico: «Gobierno que no cumple la constitución del país, no es regular: país que lo soporta, no está legalmente constituido, y por tanto, no está civilizado.»

En cambio ¡lo que sabe nuestro gobierno y sus tribunales!... Saben que Dios es trino y uno, al mismo tiempo; que Jesucristo fué concebido por obra del Espíritu Santo, sin afrenta del Esposo de la Madre; que en el día del juicio resucitarán los muertos... Y todo eso lo sabe tan por lo cierto, que llama delito á la duda socarrona.

Y váya-e lo uno por lo otro.

Entre mamás

I

—De modo que Isabelita...

—Sí, el 15 hará su primera comunión. ¡Hija, lo que cuestan estas

cosas! No sabe usted lo que me ha costado arrancar á mi marido el dinero para esto.

—Los hombres no se hacen el cargo de nada.

—Me pasa el gasto del traje y adornos de treinta duros... Eso sin contar luego los recordatorios, los dulces, el coche, los retratos ¡qué sé yo!

Sí, sí, la creo á usted. Para los preparativos de la de mi Enriquito llevo yo ya gastados diez duros, y aún no he empezado; como quien dice. Todos los niños del colegio van á ir de smoking, y de toda etiqueta, y luego todo eso que ha dicho usted, y un regalo que han de hacer al padre capellán que les ha preparado.

—¡Qué hemos de hacerle! Son costumbres, y no puede una desprenderse de ellas sin llamar la atención y pasar por ridícula. Así lo hemos visto hacer, y así lo harán nuestros hijos con los suyos el día de mañana.

—Es verdad; pero, hablémoslo aquí entre nosotras, ¿no le parece á usted que para comulgar, sea la primera vez ó la centésima, no hacen falta tantos aparatos?...

—Lo mismo he pensado yo muchas veces, D.^a Julia, y no me atrevía á decírselo. ¡Cuánto cuesta seguir la corriente y la moda! Porque este aparato y este gasto es una rutina, pues los chicos ni saben lo que hacen, ni lo que significa aquello, ni nada... Ven que los ponen elegantes, que los miman, que los retratan, que les dan dinero y golosinas, y nada más. Lo del cuerpo de Cri-to... ¡qué saben esas almas de Dios de todo esto!

—Y nosotras, las bobaliconas de las madres, haciéndonos la boca agua al verlos tan perfilados y bien vestidos; y luego vienen los apuros.

—Y procurando que nuestro hijo vaya mejor que el de la vecina ó amiga y que la gente se fije en ellos. ¿Dónde está aquí el sentimiento religioso y la devoción?

—En ninguna parte; es lo que dice mi esposo: todo esto son tontorías; si quieres que comulgue el chico, que comulgue, pero no hace falta que nos entrapemos para eso.

—No, y tiene razón... Ese dinero más fa ta nos hacía para otras cosas... Mire usted, sin ir más lejos, yo misma estoy necesitando unas botas como el comer; en cambio me he gastado cuatro duros para las de la niña.

—¡Uf! Si yo le abriera á usted mi pecho!... no tengo más traje que el puesto, y ya va vuelto y teñido; y mi esposo lleva unas rodilleras en los pantalones que da pena verle. En cambio para el niño, ¡eche usted! Mire usted, cien pesetas me llevan por el traje.

—¡Qué robo! Si no hay ni dos me...

tros de paño! Porque su Enrique es muy bajito.

—No, no tanto; poco más ó menos como su Luisita...

—Las niñas siempre son más bajas, eso ya se sabe... Pero también me ha metido la modista un buen plumazo: con la tela que ha puesto se podía hacer el traje de boda para una gigante. ¡Ay! Hasta que yo me nivele de estos gastos, ya pasará tiempo.

—Sí, pues lo que es yo, no digo nada.

—Y todo por farandulería, y por no tener el valor de romper con estas mojigangas ridículas y tontas.

—¡Hay que vivir con la sociedad, doña Julia! Como nosotras piensan el 99 por 100 de las madres, y callan, se resignan y pagan...

—¡Así nos luce el pelo! ¡Lástima no viniera un Mahoma!

—¡Por Dios, no diga usted herejías, señora!

—¡Dios me perdone! No sabe una lo que se dice...

FRAY GERUNDIO

LOS MINEROS

(IMPRESION)

Cierro los ojos y con los del pensamiento veo una muchedumbre caminando en hileras sin fin, en grupos formidables. Son de todas las zonas, de todos los climas, de todos los países, de todas las razas.

De nuestros suelo de España los hay de todas las comarcas, del Norte, del Centro y del Mediodía: que desde que hay memoria, nuestra Península fué por infinitas partes horadada en busca de «los tesoros que abraza en cada entraña». Van, entre los hombres, mujeres y niños. Yo las he visto portear el mineral en la boca de la mina violentamente inclinadas hacía atrás, comprimiendo con el pesado cesto el vientre abultado por la avanzada gestación. Algunos jóvenes cantan. Los más caminan sombríos, porque el dolor injusto y en exceso ha entenebrecido sus almas. Son los mineros. En junto, millones de seres humanos.

Son la descendencia histórica de aquellas manadas de esclavos, de cuya acerbísima vida nos traen el recuerdo los historiadores de la antigüedad clásica; de aquellas multitudes que en las minas de Egipto y de España, bajo el látigo del capataz, esclavo como ellos, exhalaban el último aliento de una existencia gastada en cebar la insaciable avidez de los adueñados de la tierra. Son la descendencia histórica de aquellos miserables que laboran las minas hispánicas de cinabrio y de bermellón, de las romanas tan estimado, y que cubrían sus rostros con

vejigas empapadas de agua á fin de evitar los leales vapores del azogue. Son los mineros.

Hoy no son esclavos, ni tampoco siervos. Son hombres libres, asalariados. Consiste su famosa libertad en su voluntaria opción entre la muerte por hambre ó la sumisión á las mismas fatigas, á los mismos peligros, á idénticas cruelísimas enfermedades, á idéntica vida de martirio que sus ascendientes históricos los esclavos y los siervos. Por eso en el ejército del trabajo, que con los ojos del pensamiento veo desfilar ante mí, abundan los mutilados por accidente y los enfermos, éstos temblorosos, aquéllos semiparalizados, muchos con la sangre viciada y las entrañas corroídas por las emanaciones y los polvos deletéreos. Son los mineros.

En Andalucía se canta con la amargura de un lamento:

Pobrecitos los mineros
¡Qué lástima y qué dolor!
Trabajan bajo la tierra
«Y mueren sin confesión»,

No es, sin duda, la falta del sacramento lo que se lamenta en el canto popular, sino la horrible muerte en las profundidades del suelo sin posibilidad de socorro humano. No necesitarían de confesión quienes, ante una suprema justicia, quedarían redimidos de sus culpas por su vida de esfuerzos y sufrimientos sobrehumanos. ¿Cómo podrían redimirse ante la suprema justicia, de su insensibilidad, los accionistas?

Hasta para las bestias el trabajo de las minas es cruel. Yo he visto estos horrores en una laboriosísima ciudad francesa, célebre por sus minas y sus cuitas. Yo he visto á los infelices caballos extenuados, apenas capaces de tenerse en pie y, lo que es más horrible, ciegos á causa de algunos años de trabajo en las oscuridades de la mina. Y esto mismo que no pueden resistir las bestias han de aguantarlo humanas criaturas. En verdad, el trabajo minero á lo largo de la historia puede contarse como uno de los grandes dolores de la humanidad.

Pero entre tantas negruras no puede ocultarse una verdad luminosa y de poder incontrastable. El minero, como todo trabajador, ha de vender bajo pena de muerte en la miseria, su fuerza de trabajo, su actividad productiva. Al que le asalaria lo que le interesa es el empleo en su provecho de esa fuerza de trabajo, de esa productiva actividad. El resto no le importa. Y el resto es nada menos que la persona del obrero.

Esta es la diferencia esencial entre el esclavo ó el siervo y el asalariado. El obrero moderno es una persona que, si ha de enajenar su fuerza de trabajo para rescatarse cada día,

fuera del trabajo se pertenece á sí misma. ¿Quién impide al trabajador emplearla en la obra de su emancipación?

En esta obra los mineros del mundo son potentísimo factor. La naturaleza de su trabajo los congrega y los alecciona. La asociación de los esfuerzos, del mismo modo hace de los mineros una inmensa fuerza de producción, que un poderoso brazo para la revolución. Hemos visto, por cruzarse de brazos una sola parte de los mineros de la hulla, amenazada de parálisis la actividad del mundo. Esos mismos brazos levantados por el furor revolucionario bastarían para estrangular á la vieja sociedad. El movimiento cunde.

Y allá van los mineros, animados por el sentido y la idea de solidaridad, en masas crecientes, por el camino de su propia liberación, de la liberación de sus hermanos, de la liberación del mundo.

DOCTOR JAIME VERA

Cartera de un librepensador

Muchos son los que admiran el magnífico y majestuoso edificio al que denominan catedral, por su belleza arquitectónica; pero cuando se piensa en lo que se ha necesitado de miserias y de sangre humana para erigir esa catedral, y también en el número de familias humanas que sa han visto privadas de las comodidades de la existencia para que ella pudiese ser levantada y mantenida, su belleza se cambia en fealdad.

Hay un sacrificio que yo no puedo tolerar: el sacrificio de la humanidad. El hombre debe poseer para sí mismo, para su mujer y para sus hijos lo que hay de mejor sobre la tierra. Yo autepongo la casa del hombre á la Dios; no más iglesias mientras haya asilos para indigentes.

No censuréis á quienes no encuentran ya satisfacción en las viejas ficciones teológicas. Hay en la liberación de las creencias que encadenan el alma y entorpecen su desenvolvimiento, una alegría que la gente de iglesia es incapaz de comprender.

L. K. WASHBURN

Truth Seeker.

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas
UNA peseta.

COMUNIDADES RELIGIOSAS

Resumen general por Ordenes religiosas con expresión del número de provincias á que se extiende su acción.

EN 31 D DICIEMBRE DE 1900

HEMBRAS

ORDENES RELIGIOSAS	NÚMERO de provincias	NÚMERO de comunidades religiosas	NÚMERO DE RELIGIOSAS			TOTAL
			Profesas.	Novicias.	Legas ó sirvientas.	
ADORATRICES	16	18	560	8	25	593
AGUSTINAS	40	138	2.477	72	107	2.656
ARREPENTIDAS	2	3	...	1	2	58
BENEDICTINAS	17	27	653	10	45	703
BENITAS	2	3	45	3	3	51
BERNARDAS Ó ORDEN DEL CÍSTER	29	56	1.107	31	79	1.217
BRÍGIDAS	4	5	11	»	14	135
BUEN CONSEJO	3	3	40	»	»	40
BUEN PASTOR	1	1	48	»	»	48
CAPUCHINAS	10	21	402	6	5	413
CARIDAD CRISTIANA	1	1	19	»	»	19
CARMELITAS	45	324	4.78	228	160	4.566
CLARAS Ó CLARISAS	18	47	954	18	61	1.033
COMENDADORAS Y CALATRAVAS	2	3	33	1	4	38
COMENDADORAS DEL SANTO SEPULCRO	1	1	30	»	»	30
COMENDADORAS DE SAN FERNANDO	1	1	22	»	»	22
COMENDADORAS DE SAN JUAN DE ACRE	1	1	15	»	»	15
COMENDADORAS DE SANTIAGO	1	1	15	1	6	22
COMPAÑÍA DE MARÍA	5	7	230	6	13	299
CONCEPCIONISTAS	29	84	1.350	75	67	1.492
DIVINA PASTORA Ó PASTORAS	5	17	133	1	5	142
DOMINICAS	44	207	3.072	116	176	3.364
ESCLAVAS DEL CORAZÓN DE JESÚS	18	30	533	14	53	605
ESCLAVAS DEL CORAZÓN DE MARÍA	5	9	119	10	5	134
ESCOLAPIAS	8	23	295	3	37	335
FILIPENSES	6	10	130	1	12	143
FRANCISCANAS	47	360	6.42	179	280	6.510
HERMANAS DE LA CARIDAD Ó HIJAS DE SAN VICENTE DE PAUL	49	624	6.646	65	197	6.908
HERMANAS DE LA CRUZ	5	12	195	7	8	210
HERMANAS DE LA DOCTRINA CRISTIANA	4	13	97	10	3	110
HERMANAS DE LA ESPERANZA	4	5	116	»	»	116
HERMANAS DE LA PIEDAD	1	1	17	»	»	17
HERMANAS DE LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN	2	3	50	»	3	53
HERMANAS DEL CENTRO EUCARÍSTICO	1	1	5	»	»	5
HERMANAS DE LOS DESAMPARADOS	46	146	1.36	224	18	1.623
HERMANAS DE SAN ANTONIO	1	1	7	»	»	7
HERMANAS DE SAN JUAN DE DIOS	4	4	143	37	»	180
HERMANAS DE SANTA ANA	8	44	420	50	16	486
HIJAS DE JESÚS Ó JESUITINAS	12	19	226	14	2	242
HIJAS DE LA PROVIDENCIA	2	3	60	»	2	62
HIJAS DEL REBAÑO DE MARÍA	1	4	14	»	»	14
HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA	2	5	57	»	1	58
HIJAS DE MARÍA INMACULADA	11	15	273	6	»	279
HIJAS DE NUESTRA SEÑORA Y ENSEÑANZA	7	15	610	9	1	620
HOSPITALARIAS	3	3	51	»	»	51
INSTITUTO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA	1	1	21	6	»	27
Suma y sigue.		2.320	33.130	1.212	1.419	35.761

ORDENES RELIGIOSAS	NÚMRO de provincias	NÚMERO de comunidades religiosas	NÚMERO DE RELIGIOSAS			TOTAL
			Profesas.	Novicias.	Legas ó sirvientas	
<i>Sumas anteriores</i>		2.320	33.130	1.212	1.419	35.761
JERÓNIMAS	9	15	319	8	2	329
JESÚS Y MARÍA	4	7	154	»	22	176
JUSTINIANAS	2	2	33	»	»	33
MADRES DE DESAMPARADOS	3	5	54	»	8	62
MERCENARIAS	19	51	649	24	34	707
MÍNIMAS	4	5	90	2	7	99
MISIONERAS DEL CORAZÓN DE MARÍA	3	15	183	»	10	193
NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA	1	1	5	»	»	5
NAZARET	1	3	23	4	1	28
NIÑO JESÚS	2	2	22	»	5	27
NORBERTAS	1	1	17	1	2	20
NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN	1	2	78	»	»	78
NUESTRA SEÑORA DE LA CONSOLACIÓN	6	24	167	»	»	167
OBLATAS Ó REDENTORISTAS	13	23	306	17	5	328
PREMONSTRATENSES	1	1	22	»	»	22
RECOLETAS DE SAN JOSÉ	2	6	135	»	3	138
REPARADORAS	7	9	244	1	6	251
SAGRADA FAMILIA	11	38	442	48	4	494
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS	1	7	227	30	35	292
SALESAS	14	16	469	26	14	509
SANCTI-SPÍRITUS	1	1	37	2	»	39
SAN JUAN DE JERUSALÉN	2	2	48	»	1	49
SANJUANISTAS	1	1	24	»	»	24
SANTA TERESA DE JESÚS	6	14	150	18	21	189
SANTO ÁNGEL	6	13	180	5	3	188
SERVITAS	2	3	56	»	»	56
SIERVAS DE JESÚS	16	27	348	12	3	363
SIERVAS DEL AMOR DE DIOS	2	3	25	»	»	25
SIERVAS DE MARÍA	25	65	667	21	13	701
SIERVAS DE SAN JOSÉ	11	57	670	2	16	688
TRAPENSES	1	1	30	»	2	32
TRINITARIAS	13	26	445	9	17	471
URSULINAS	6	8	157	98	19	274
VISITACIÓN	1	1	8	»	»	8
TOTALES		2.775	39.614	1.540	1.672	42.826

Angel Samblancat

Cuando la voz del Maestro enmudeció, todos creímos en su muerte y nos sentimos espantosamente solos. Pero el Maestro dejó un cachorro y la voz resurge. Noble. Rabiosa. Indignada. La voz de este cachorro es la de Angel Samblancat.

Aquí donde los plumíferos han convertido el divino arte en un frívolo juego, aquí donde todos se han hecho esclavos de la frase de Schiller: «El arte por el arte», aquí donde la literatura es una desviada literatura para maricones y sensibleros, aquí donde todos sueñan con Verlaine, con Lorrain, con Verhaeren, con aberraciones del sexo y con paraísos artificiales de opio, haschiss y morfina, Samblancat ha dejado oír

su voz, limpia, plena, señora, sin eufemismos, sin necios retorcimientos retóricos.

Y Samblancat ha sido encarcelado: señal inequívoca de que se le teme.

Samblancat, el cachorro de Costa, no ha escrito ninguna *novela erótica*, ni ningún soneto extravagante. Samblancat ha escrito como escribió Joaquín Costa, el Venerado, para el pueblo. Y su palabra ha sido clara, vibrante, dura y acerada, á veces, como fustazo dado en la carne desnuda.

Samblancat nació como Danton, revolucionario. Si le obligan á callar, revienta. Su cultura espanta. Sus veinticinco años, los ha pasado estudiando en las bibliotecas y en las multitudes.

Si Camile Desmoulins hubiese tenido la fiereza de Angel Samblancat,

no se le acusaría, como se le acusa, de abogado para mujeres. A Samblancat Carlota Corday no lo hubiera asesinado.

Su bondad iguala á su fiereza. Su voz es la voz de un patriarca bíblico redivivo cuando las orgías de Versailles en el noventa y tres, mientras el pueblo se aferraba á las rejas del palacio rugiendo de hambre y Lafayette y Mirabeau soñaban con la austriaca desnuda.

Job se lamenta, aguanta la befa, el escarnio, las boñigas. Prometeo, sintiendo el pico del buitre en sus entrañas se revuelve, se indigna se rebela y escupe á Dios.

Samblancat es el Prometeo de nuestra juventud loca, divina y rebelde.

Los Miserables

Barcelona

EL MOTÍN



—¿Con que no puede ser menos? Pues bien; no se bautiza. Cuando tenga diez ó doce años, le buscaré una madrina de rumbo, y se le bautizará solemnemente, con órgano y todo, y tendrá cartilla en el Monte, y á mi me darán un empleo.

Ayuntamiento de Madrid

En familia, á José Ferrándiz

Querido Pepe: Compuesto estaba para el pasado número el artículo sobre *Cautivos* que va en este, y fué retirado para ceder el lugar á su carta. Aunque los extremos que usted plantea espero verlos solucionados en los artículos por publicar, fuera descortesía no contestar en forma directa su misiva familiar; y por otra parte, el ser yo difuso por natural y siendo limitado el espacio de EL MOTIN, sobre quien llueven mil asuntos candentes, me obligan á ser más breve y lacónico de lo que usted merece.

Lo primero que debo decir á su aludido de «admirado», es que el admirable me resulta usted. Yo, francamente, no tengo nervio para obrar tan colosal como la que usted lleva. Lleno de pesimismo acerca del ambiente español, de derrotas diarias, sin esperar remedio mientras dure la monarquía y sin fe determinada en el plazo de advenimiento de la República; así pesimista, y luchar como usted lucha con ardor como si la República estuviera en puertas... ¡admirable, querido Pepe! Cuando menos yo lo miro superior á mis fuerzas. ¡Todos admirados y admirables!

Por no caer yo en tales pesimismo que me obligarían á romper la pluma y á meterme cartujo si usted quiere, he tratado de rebuscar en el estado actual de España aquellos problemas que no quedan resueltos con solo el cambio de forma de gobierno, sino que son huesos que habrá de roer por igual la república si viene, y la monarquía si no se va.

Uno de estos problemas es el de *Cautivos*, y algún otro de esos proyectos que usted eleva á 20 ó 40, y que yo reduciría á cuatro ó cinco si no fuese demasiado rebajar la cuenta; problemas en cuyo estudio me he entretenido y en proyectar soluciones, porque yo tengo la desgracia de no poder entretener mis cortos ocios en estudiar proyectos de catedrales, ni de breviarios, ni de funciones religiosas, en los cuales usted exhibe su extensa erudición y su sagacidad crítica. Por lo visto, según usted dice, mis fracasos han sido tantos como mis proyectos: y cuando usted lo afea en mí, será porque no ocurre lo propio en los proyectos de usted, de lo cual me felicito.

¿Que ando tras uno y otro, tirando de la levita ó de la blusa á todos los liberales, para mis proyectos?... Tiene usted razón. Y si en mi mano estuviera realizarlos por mí solo, no molestara á nadie; pues, sí, querido Pepe, estoy viendo que no hay mayor molestia para nuestros liberales de gran bufete que proponerles ha-

cer algo de liberalismo positivo. Ya ve, pues, si soy infortunado. Pero, por Bolebú, querido Pepe: ¿qué voy á hacer si no es? ¿voy á acudir al Papa y á los obispos, para que usted repita aquellas sus censuras de antaño por mis tratos con ellos? Y si ni á unos ni á otros puedo acudir, y si yo de mí solo no puedo sacar lo debido ¿habré de meterme en un rincón, habré de meterme cartujo para acertar?

Usted me ha acusado cien veces ó doscientas, de que no soy ducho, ni vivo, ni tengo mundología, en lo cual le sobra razón, pues si eso fuera, otro gallo me cantara, y aún quizás me cantaría si hiciera ánimo de cambiar. Mas lo primero que me falta es ese ánimo ¡otra desgracia!; y así, conociéndome incorregible y teniendo, sin embargo, que morar en este planeta, he de buscar medio de adaptarme á sus perras condiciones; y cuando la realidad me abruma con sus negruras, huyo de ella y vuelo á mis ensueños de color de rosa; é imaginó que esto ha de cambiar, y que ha de hacerlo con el esfuerzo de los soñadores optimistas á quienes el fracaso no anonada ni escarmienta, y salen de cada derrota tan animosos para el nuevo proyecto como si hubiesen triunfado: que por algo dirá el refrán «tanto va el cántaro á la fuente... y el que la sigue la mata... y más adelante la tortuga andando que el águila estando quieta, y más hace el optimista que da de cabezadas contra la pared, que el pesimista que se pasa la vida cantando la impotencia.

Pero, en fin, viniendo al grano del proyecto de *cautivos* y dejando los otros treinta ó cuarenta, yo quiero forjarme la ilusión de que en vez de ser un fracaso, la cosa anda bien, pero muy bien, y que no puede ir mejor.

El fracaso para usted y Fray Gerundio consiste en no haber llovido á espaldas el dinero, en no haber acudido á la llamada los grandes prestigios del liberalismo, y en haber acudido solamente tres individuos á pedir socorro con el agua al cuello...

De estos pregunto á ustedes: ¿son acaso los llamados, á tenor de los artículos en que ustedes expusieron las condiciones del *redimendo*? Si no lo fueran, no hay cuestión. Y si lo fueran, yo les juro á ustedes que EL MOTIN ha hecho muchos sacrificios que nadie conoce y que yo certifico. Y certifico también que se ha sido muy benigno en interpretar aquellas reglas por ustedes establecidas.

¿De los protectores y del dinero?...

Amigos míos: eso es el último fruto de la cosecha, y la cúpula de la catedral...

Pero si no hay catedral ¿dónde

diablos vamos a colocar la cúpula? Si estamos hablando del terreno por sembrar, de la sazón de la siembra, de cómo se hará... ¿podemos quejarnos de que no estén llenas de oro las arcas del granero?

Esto, si yo me creyese práctico y mundólogo, diría que es ensoñar y pedir imposibles y continuar la superstición española de que todo se ha de hacer de milagro.

No, amigos míos: aquí no hay más Dios ni más diablo para trabajar, que ustedes y yo: hay que convenirse. Y esto no es sólo una *vocación* libre, sino una imposición social de la Historia nacional y de la nuestra: á nadie se debe exigir la acometida de esta empresa más que á nosotros: desistir de ella es claudicar y defraudar la causa pública.

Y por tanto, lo primero que debemos hacer, es *hacernos á nosotros mismos*, los tres de consuno y cada cual por separado, con el cabal conocimiento de este doble deber, individual y colectivo, de forjarnos separadamente lo mejor que podamos, sin lo cual *claudicamos*: y luego, procurar entendernos, sin lo cual *claudicamos* también y engañamos al público.

Esto es el *principio del principio*, del proyecto de la obra.

Y ahora pregunto: ¿estamos dispuestos nosotros, cada uno de por sí, y los tres unidos para el fin común?

Yo quiero creer que sí. No quiero ver la realidad si fuera de otro modo. Y en tal presupuesto, á la suma de todos sus pesimismo, presento yo los factores para la suma de mis optimismos; lo que tenemos de positivo para nuestra empresa, á saber:

1.º La excelencia de la idea, en todos sus puntos, filosófico, jurídico, canónico, político, económico, social y filantrópico. Reduzcan á cifra este valor.

2.º Un periódico como EL MOTIN que no nos tasa las líneas, ni nos pone precio, aun cuando la campaña es tan extraña á la mayoría de sus lectores y tan poco reproductiva. Ya habría querido Rochette hallar para el *principio de sus proyectos*, tribunas como ésta... ¿Y EL Radical, de Ferrándiz? ¿Y EL Diluvio, de Fr. Gerundio? ¿Y los otros periódicos que apoyan la idea? Pues... pongan ustedes cifra numérica á este factor.

3.º El silencio forzoso de los enemigos, que NO PODRÁN, so pena de verse aplastados, combatir la empresa. Este factor extraordinario vale algo y tanto como mucho.

4.º Tenemos tres plumas, como la de Fr. Gerundio, amena y discreta como la que más; la de usted, incisiva y lancinante como la más acerada y aguda; y la mía que, modestia aparte, fué antaño muy celebrada de jesuitas, cardenales y

beatos allá, y que los de acá dicen no ser del todo inútil.

5.º Tenemos ecos entusiastas, como ciertos amigos de cierta provincia, constituidos ya en núcleo, y tenemos mi disposición á llevar la idea á las conferencias, al Ateneo, á las academias, á todas partes, en donde si Fr. Gerundio me auxilia con su oratoria castelarina y usted con su conversación chispeante, haríamos cuanto puede hacer-se.

Después de esto, yo les digo. La obra podrá perecer, por sobra de elementos, y no por falta. Por plétora, y no por escasez. Por nosotros, y no por los otros. Pues dado el estado pregerminal en que se halla, tiene más de lo que necesita.

¿Dinero y protectores?... Hombre, esos son los últimos que han de venir y no los primeros. *Lo primero en el intento es lo último en la ejecución.*

Y termino con nuestro compañero apostólico San Pablo: «no os reprocho, sino que por bien de todos os ruego y encargo y conjuro á... ¿proseguir? ¡no!, á emprender la propaganda de la idea con arrestos entusiastas y á sostenerla con ahínco. Y para lograrlo, lo acaecido hasta aquí, especialmente esta divergencia y parada, es lo mejor que podía ocurrir.

¿Que no le anima esto, Pepe?

Pues, le voy á desperezar á usted con otro resorte que no ha de fallar:

«Por el odio que usted tiene á la Iglesia, yo le requiero á no cejar, ocurra lo que ocurra, en esta obra de destrucción de ella, que la clava el puñal en el propio corazón.»

Ahora... arranque usted el puñal si se atreve.

Le doy por convencido á usted; y una vez conseguido esto ¿le parece que no convenceré á otros? Tiempo al tiempo... y entretanto un abrazo.

S. PEY ORDEIX

Caso curioso

Lo es el observado con motivo de la publicación del *Anuario Pontificio de 1913*.

El hecho, de importancia histórico-religiosa, consiste en la inserción en el *Anuario* de la lista de los Romanos Pontífices desde San Pedro á Pío X, serie suprimida desde hace algunos años.

La cronología de los Papas ahora publicada, no es la misma que la de antaño, sino que tiene cuatro Pontífices menos, suprimidos de la lista.

De modo que en la lista actual aparece Pío X con el número 259, mientras que anteriormente ocupaba León XIII el número 263.

La desaparición de la lista antes y la reaparición de ahora, se debió á

las dudas que surgieron respecto á la existencia de algunos Papas, dudas que hoy la crítica histórica reconoce como fundadas.

Los Papas suprimidos son: Bonifacio VI, en 896; Bonifacio VII, en 974; Juan XVI, en 985, y Benedicto X, en 1058-1059. Pertenecen á los siglos IX, X y XI, la época más próspera del Papado.

Desde hace años, algunos historiadores eclesiásticos, entre otros monseñor Duchesne y el padre Genocchi, venían pidiendo la supresión de Pontífices por no haber existido nunca; pero antes de resolver, la cuestión fué examinada detenidamente por especiales Comisiones pontificias.

Si en la Cronología de los Papas ha mantenido durante tantos siglos la Iglesia esos cuatro embuchados, ¿quieren ustedes decirme qué crédito debemos darle cuando nos hable de lo que ocurre en el cielo, el purgatorio, ó el infierno?

No daba yo hasta hoy gran valor á las afirmaciones de la Iglesia; pero lo que es adelante, le daré menos.

¡Meternos cuatro Papas de matute, y de seguro con su vida y milagros, para decirnos ella misma ahora que no han existido!

Habría que sustituir «el miente más que la Gaceta», por el «miente más que la Historia eclesiástica.»

Un gran libro

que parece pequeño

«El correccional de Santa Rita»

No conozco al autor. Igiero quien sea y cómo sea y de donde. Su primera noticia me vino con la portada del libro que me entregó el Sr. Nakens, con este encargo:

—Vea usted esto... Vale la pena. Escriba algo sobre ello...

Cogí el libro en las manos con miedo: con el miedo que se tiene al ladrón. He sido robado muchas veces por ese procedimiento del libro, donde se me venden como ideas corrientes y legítimas, sandeces y majaderías del basurero mental.

Llegué á mi estudio. Di una vuelta al tomo y al lomo... «Artístico,—me dije—muy bien impreso... La Portada, soberbia... ¿Qué fraile el fraile ese!... ¿Qué niños esos niños!...»

Me acordé de la única casa de corrección que he visitado: la de Barcelona—Gracia.

La lámina, muy bien: pero ¿el texto, qué será?

Me daba miedo leerlo: miedo de que me robara el tiempo, único tesoro que poseo, y del cual me siento avaro.

Sin cortar las hojas, abrí al acaso. El párrafo que vi me advirtió que quizás no perdería el tiempo. Salté á otros párrafos, y adquirí la convicción de que el autor no era ladrón del tiempo de los lectores, y lo leí de cabo á rabo. Trae dos conferencias dadas en el Ateneo de Valladolid.

.....

He aquí un gran libro á la moderna.

Ni una divagación... Ni una frase sin sentido. Ni un ripio. Ni un equilibrio de gimnasia retórica. He aquí un libro, y en el autor, he aquí un hombre ¡todo un hombre! Un español que vale por mil. Y un libro que vale por quinientos.

¿La sustancia del libro?

Lo dice el título: «EL CORRECCIONAL DE SANTA RITA. Dos años entre sus muros.» El autor ha sabido hacer vivir al lector en síntesis la vida de dos años de aquel... ¿qué diremos?... de aquel *colegio del Estado Católico* donde se enseña y acostumbra á los alumnos á tomar la comunión y algo que denunciaría el fiscal si desde el libro se trasladase á EL MOTIN.

Sí: este libro es formidable, sensacional: es un proceso terrible. Es una síntesis magnífica.

El autor ofrece en él un cerebro mocho, potente, arrollador: y un corazón grande como el de un toro. Todo elogio es pequeño.

Sólo un reparo tiene: el precio.

Es gran lástima. El autor debiera hacer una elección económica de sus dos conferencias á 50 céntimos, si no pudiese ser á 25, para ponerlo al alcance de todo el mundo.

Cerré el libro. Medité sobre lo leído y tres ideas se juntaron en mi cerebro: el correccional, el corrector y el corrigiendo.

¡Ahí se produjo el choque en mi espíritu! ¡El corrector... un degradado... un ser sin corazón y sin conciencia... El corrigiendo... ese: el autor del libro, un superhombre, dicho sea sin adulación y sin remilgos.

¡Sí; el autor... fué corrigiendo!...

Su carrera correccional no ha sido estéril. Felicítese.

Su libro es una soberbia *corrección de correctores*... ¡Hay que corregir á los frailes!... Hay que cambiar allí los oficios...! Que se haya dado el caso de ser corrigiendo el autor de este libro durante *¡dos años!*, sin que los frailes adivinaran en él el espíritu genial que en él vivía... este es el proceso definitivo contra los frailes y contra el sistema correccional. Cuán grande se yergue el corrigiendo! ¡Cuán ínfimo resulta el corrector!

La pedagogía católica ha sufrido en ello una quiebra fatal.

Abraham Polanco es una acusación viviente: es el *cuerpo del delito*.

Pero ¡ay! libros como ese ¿cuántos escribirá Polanco? Porque aprendió *viviendo* lo que pinta, y lo pinta con tal vividez que lo hace vivir.

Si pudiese estudiar así (que no se lo deseamos) la vida del presidio, de la cárcel, del hospital, del hospicio, del colegio jesuita y del asilo religioso ¡qué escuelas para el genio de Polanco! ¿Qué libros sacaría! ¿Qué proceso resultaría de ellos contra los malhechores del bien, que llaman enseñanza al abotargamiento de facultades, educación a la castración, corregir al corromper, hombre formado al cadáver...

Una duda, sin embargo, me ocurre sobre la culpabilidad reprochada en el libro a los frailes.

¿Hasta qué punto son libres ellos? ¿Son acaso *arrastrados* a la casa de corrección por fatalidad mayor, menor ó parecida, a la que arrastra al *corrigiendo*? ¿Son ellos las víctimas previas del correccional? ¿Se evadirían ellos de la casa, con menos alborozo que el corrigiendo?

Porque ¡ay, amigo Polanco! el corrigiendo puede esperar salir: el fraile no. Es recluso a perpetuidad.

¿Será esta perpetuidad de reclusión la que deprava sus instintos?

Hé aquí un punto de mira para el sociólogo.

R. MAYOL

El libro *El correccional de Santa Rita* termina de este modo:

PALABRAS FINALES

Frailes de Santa Rita: Nos separan cuatro años de vida y un mundo de ideas. Las ideas pudieran llevarnos a una discusión que acepto anticipadamente; pero no es esto lo que más interesa. Importa más lo otro, los sentimientos que nos unieran ó que hubiesen abierto una sima entre vosotros y yo.

¡Cuatro años que no me sojuzgais! ¡Cuatro años! Mejor; así convendremos antes en que la pasión más profunda criaría herrumbre durante ese tiempo, así se comprende más pronto que mi pluma no recibe impulso del aborrecimiento.

¡Aborrecimiento! ¡Pasión! ¿Qué cosas son éstas, desconocidas para mí? Aún conservo recuerdos de un tiempo en que yo comprendía todo eso. Hoy no, hoy no lo comprendo. Hoy percibo alrededor de mí, como una sensación del vacío, la inercia emotiva.

No temáis que vengan a mi mente páginas de vuestros textos en los que yo aprendí la indiferencia. No he de hablaros de aquella vuestra prohibición de escribir a mi madre en el día de su Santo, de las otras prohibiciones de verla después de una enfermedad suya y de muchas amarguras más, de leer sus cartas... no, no he de hablaros de esto. ¿Para qué? Tales aventuras arrancaron de mis ojos unas lágrimas; las últimas de ternura. Ahora, a evocar aquéllas sería natural repetir éstas,

que ya he dicho que fueron las últimas. No os asustéis, no voy a llamaros los Atilas del sentimiento aunque los cascos de vuestros caballos pulverizasen un día la hierba de mis amores.

Quiero decirlo solamente que no os odio. ¿Acaso puedo odiaros? El odio es un sentimiento y los sentimientos radican en el corazón. ¿Dónde está el corazón receptáculo preciso para ello? ¿Dónde? Vosotros lo sabéis, vosotros que me lo robásteis, borrándolo de mí ser como si con un brochazo convulsivo de rebeldes impetuosos intentáis demostrar a vuestro Hacedor que a hombre le adj. dicó de más esa víscera.

En fuerza de sentir intensamente, llegué a insensibilizarme. ¿Qué sufrimientos me impusisteis! ¿Qué tortura! Aquellas largas interminables reclusiones en celdas de castigo, aquellas prácticas piadosas que me trastornaban, que me enloquecían, sí, sí, que me enloquecían. En mi encierro, cuando vosotros abandonábais la vigilancia, cuando yo no veía vuestros pasos que lejos de ser un fastidio eran un aliento para mi espíritu asusado, alucinao, mi pobre imaginación se firmaba con emplabas en horror. Extravió cómo en un ángulo de la prisión iban surgiendo demonios y trasgos malditos que me corrían; y yo apretando escapularios y libros de devoción contra mi pecho, oraba, debía sudar sangre, rezaba arrepentido de no haber creído en el Señor arrepentido de todo, de todo... En el paroxismo del terror quise suicidarme, pero cómo, si hasta la bombilla que ideé romper para con sus pedruzcos rajarme la yugular, la cambiasteis de sitio y me alumbraba desde afuera cual lamparilla de mi tumba; ¿cómo si desmenuzáis mi yantar escaso y sucio, despojándolo de huesos y espinas? ¿de espinas! Igual que si con ellas pretendiésteis aumentar las que en macheteo incesante horadaban mi cráneo; ¿cómo, si con los dedos habéis de aprehender mis razones? ¿cómo, si reforzásteis los hierros de mi cama para que sus aristas no pudieran apuñalarme? Luego, en febrilencia continua, en exaltación aniquiladora pensé ser fraile para exculparme ante Dios; y vosotros me llamáis bigardón hipócrita porque no sabéis cuánto me apretaba el cingulo, al que habría querido añadir alfileres que desgarrasen mi cuerpo pero que salvaran mi alma pobre, miserable. Y esto, muchos días y muchas semanas y muchos meses. Derroché en penalidades gigantes unas energías que ahora me faltan, una inteligencia que, aunque resentida, me ha sido devuelta por el reactivo de la reflexión, más clemente que vosotros.

Quiero repetirlo muchas veces: yo estaba enloquecido. Y ya sabéis que la locura lesiona en primer término la esfera de los afectos. Mi madre, mi madre bendita presintió la catástrofe al recibir los effluvia de mi alma que era un ventisquero, viéndome impasible ante sus besos, aquellos besos únicos, inconfundibles, que no sólo eran cariño, que eran también compasión, aquellos besos de madre y de enfermera. La triste verdad fue que en mi pecho, este pecho de antiguo vehemente é incorregible amador, pusisteis vosotros un riblismo como en mi cerebro engendrasteis a un imbécil. Yo también me percataba de mis males, sentía el fío de mi espíritu que moría, me veía piedra bruto, planta, todo menos hombre, todo menos racionalidad; ahora que ha pasado tiempo, mucho tiempo para mi existencia joven, puedo decir

roslo, pobres hombres: del Correccional de Santa Rita yo había salido idiotizado.

Frailes de Santa Rita: Abandonad a vuestros educandos si no queréis formar carne de degeneración y de estulticia, marchad al desierto a purgar en la soledad los crímenes de vuestra insensatez y de vuestra audacia inaudita, marchad al desierto; allí un león, como a María Egipcíaca la pecadora santa, cavará vuestra fosa sobre la que no pesarán condenaciones de víctimas.

Frailes de Santa Rita: Lejos de vosotros, me hice un determinista convencido; por eso al ver vuestros estragos, en vez de indignarme, pienso lógicamente: ¿qué culpa tienen ellos de que la Naturaleza no les haya destinado a un arcópago; por eso también, aunque pudiera odiaros no os odiaría y llegaría seguramente a concederos el perdón. Sólo os pido que a cambio de esta actitud mía, imploréis del Dios vuestro que os dé poder bastante para restituir lo robado; y si no lo alcanzais, flageláos y sufrid como sufrí yo; a ver si a fin de vuestras penitencias y vuestra contrición, encontráis para el Lázaro de mi corazón un Cristo que lo resucite.

Carta del autor

Compuesto lo anterior, recibo el domingo la siguiente carta de don Abraham Polanco:

Señor director de EL MOTIN.

Distinguido señor: En un reciente número de su periódico he leído los requerimientos que varias entidades y personalidades políticas de esta Ciudad dirigen a la prensa y a los parlamentarios en general solicitando su concurso para el esclarecimiento de los escandalosos hechos denunciados en mi libro el CORRECCIONAL DE SANTA RITA. (Dos años entre sus muros). Me agrada tal actitud en cuanto significa no sólo la intranquilidad natural producida por mis afirmaciones, sino al mismo tiempo el anhelo vehemente de inquirir la verdad ó inexactitud de aquellas. Y en tal respecto, me interesa mucho hacer constar:

1.º Que mantengo en toda su plenitud mi acusación, la cual, conviene advertirlo, aparece superabundantemente documentada en el texto.

2.º Que igualmente es preciso recordar que mis asertos llevan el marchio irrefutable de varios compañeros de reclusión, en las explícitas declaraciones que también publico.

3.º Que he recibido espontáneas muestras de conformidad con su contenido enviadas por exreclusos que últimamente han abandonado el Correccional y que han querido adherirse a mi campaña; lo cual prueba, a más de la certeza de las enormidades evidenciadas, su persistencia.

4.º Que nadie debe estar muy convencido de la inocencia de los frailes cuando no se les defiende

¿lo hacen ellos acaso?, ni de mi perfidia y proceder calumnioso, cuando no se me procesa á pesar de mi reto. (En la página 221 se lee: «No solamente nos hacemos solidarios de cuanto en este particular (corrupción sexual) afirman nuestros compañeros, sino que prometemos solemnemente dar el nombre de los religiosos que más muchachuelos han corrompido. Lo haremos cuando nos procesen ó cuando estemos convencidos de que no se deciden á ello; aunque preferiríamos decirlo ante los tribunales de justicia.») Y

5.º Que estoy decidido á ir hasta donde las circunstancias exijan para arrancar de manos de los frailes de Santa Rita la obra augusta de la Corrección de jóvenes descarriados.

Mientras llega el momento oportuno, digan ustedes á los hombres honrados, *bajo mi exclusiva responsabilidad*, que, orgulloso de la santa misión que con la publicación de mi libro me he impuesto, sigo proclamando y demostrando que los correctores de Santa Rita son culturalmente incapaces, cometen coacciones é ilegalidades, practican la crueldad más brutal, explotan infameamente á los corrigendos pobres, engañan á las familias de los reclusos, hacen granjería de su apostolado, y preparan generaciones de homosexuales que han de avergonzar á España. Sí, digan ustedes todo esto. A ver si esta patria querida que empieza á considerar como un blasón el ajeno desdén, quiere dignificarse y salvar á su juventud, al menos, de la prostitución moral y física en que se la está aherrojando.

Y ahora que se me persiga y que se me encause. No tengo alma de Cristo, y en la hora suprema del sacrificio no sería capaz de perdonar ni al buen ladrón.

Suyo afectísimo servidor que besa su mano,

ABRAHAM POLANCO

Valladolid 23 5-1914.

La carta anterior confirma lo que opinábamos aquí por la lectura del libro, esto es: que Polanco es un hombre, además de ser inteligente é ilustrado.

Y hallar hoy un español que merezca ser calificado de hombre en la alta, noble y viril acepción de la palabra, es algo que sorprende, tanto como admira.

Por la tremenda

«Todas las misas que mañana se celebren en la iglesia de... por los señores capellanes adscriptos á la misma, serán aplicadas por el eterno descanso del alma del excelentísimo señor don.....»

Los señores sacerdotes no adscriptos, pero que quieran celebrar también el sacrificio en el mismo templo y por

la misma intención, recibirán como estipendio tres pesetas.»

E los y otros parecidos anuncios, que frecuentemente aparecen en los periódicos, más que para descanso de las almas de los difuntos sirven para disgusto de los presbíteros vivientes y mutuas magulladuras de sus cuerpos.

Hay en Madrid una porción de curas que ordinariamente no *currelan*, porque el obispo les ha retirado las licencias de caza y pesca, ó sea de cazar almas para el cielo y pescar cuartos para su bolsillo.

Es a tales que no tienen iglesia donde trabajar con regularidad el vil gérba zo, andan que beben los vientos husmeando donde hace falta curas suplentes para misear ó para acompañar entierros, y ¡calcúlese el efecto que les producirá el leer esos anuncios!

Muchos que á fuerza de no ejercer tienen las soanas apolilladas en el baul, en cuanto leen el anuncio agarran, si es que no usan ama, el cepillo, y se pasan toda la noche dale que le darás á la teja, el manteco y la rotana.

Si usan ama, que es lo más corriente, en seguida que se enteran del contenido del anuncio, empiezan á gritar:—¡Eh? ¡Fulana! ¡Límpime la ropal! ¡cósme el quinto botón de la setana! ¡hay betún en casa? ¡no? pues únáme los zapatos con tocino, con sebo, con cualquier cosa. Mañana celebro.

—¿Qué? ¿Le han devuelto á usted las licencias?

—No. Es que en San... hay misa de á tres pesetas. ¡Ah! ¡que no se te olvide dejarme la navaja á manc! Como ese... ¡...a queca del párroco no me deje celebrar, le abro un ojal en la barriga. ¡Está ya todo corriente? Pues ahora á dormir, que mañana será otro día.

Al siguiente nuestro héroe se echa á la calle, y en un santiamén se planta en la sacristía de la iglesia consabida.

—¿Está el señor cura?—pregunta con altanería al sacrista ó á los monaguillos.

—No tardará en venir. Ha subido á almorzar.

—¡Ah! ¡Almuerzo de párroco!—suspira el visitante...—¡Una hora de espera, por lo menos!...

Con efecto, poco menos de una hora tarda el amo de la casa mística entre almorzar y charlar con el ama reposando el almuerzo.

Por fin aparece, dándose tono de capitán general con mando, y al fijarse en el cérego que le espera, reconociendo en él uno de los privados de licencias, le pregunta con desdén:

—¿Qué trae usted por aquí?

—Vengo á celebrar una de esas misas que se anuncian.

—A usted no puedo permitirselo.

—¿Por qué motivo?

—Porque no me da la gana ¡eh! Porque estoy en mi casa, mando en ella y hago lo que quiero.

—Conmigo pocos humos.

—Y conmigo menos, porque cuando se me hinchán... las narices, reconde...

—Es que á mí no me asustan las palabras gordas. He nacido en Aragón, que es la tierra de ellas. ¡Aquí celebro yo y tres más!

—¡Aquí no celebra usted y cinco menos!

—¡Que sí!

—¡Que no!

E incontinenti ambos presbíteros se lisan á cachetes.

El que va en busca de las tres pesetas

tira de chaira; pero el otro, que está ya acostumbrado á semejantes escenas y tiene siempre tras la puerta de la sacristía una estaca desechada por gorda, descarga sobre su contrincante una verdadera lluvia de garrotos que lo vuelve loco, hasta que le obliga á tomar el portante, si no mal herido, bien zurrado por lo menos.

Todo ello por el eterno descanso de las almas y molimiento de los cuerpos.

J. G. L.

Página escogida

«¡Amar el oro! ¡Amarle con rabia, con ferocidad, única, absolutamente! ¡Reducir todos sus sueños en un lingote! He aquí una pasión verdadera.

No me habléis del borracho ni del crapuloso, vicios vulgares, apetitos brutales que la satisfacción apaga y que se hallan limitados por los sentidos.

Tener por ídolo un Dios que no cambia jamás; un Dios verdaderamente eterno y adorado de todos; un Dios cuyos milagros nadie ha puesto en duda, que no tienen cismáticos ni heréticos, que todo lo puede, y para quien jamás la gran voz profética gritará sobre las aguas: «¡Los dioses se van!» Esto prueba un espíritu profundamente lógico y desdeñoso de las sutilezas humanas.

¡Ay! Es preciso confesarlo, aunque pequemos de pródigos: no hay nada verdadero en el mundo más que el oro... y el olvido.

¡Qué voluptuosidad tan profunda! Contraer una mano febril y nerviosa en el bolsillo lleno de oro y de billetes de Banco y decirse:

«Esa joven de tranquila mirada virginal, que pasa cobijada por la sombra discreta de su anciana madre, con un puñado de esto yo la poseeré; yo haré que ese gran señor descienda de su carruaje y ocuparé su sitio; en mi cofre pi fan y relinchan soberbios caballos; estos montones de escudos serán palacios de marmol, cuadros de Ticiano, mantos de púrpura y joyeles espléndidos. Todos los goces del mundo, todas las voluptuosidades del alma y de la carne, todas las quimeras del espíritu, yo las tengo encerradas bajo esta triple cerradura; si la abriera, saldrían cosas más extrañas y monstruosas que de la Caja de Pandora.

Con el oro puedo ser insolente, feo y estúpido; puedo escupir en la cara de la especie humana, sin ver más que frentes inclinadas; enjugar mis sandalias sobre las cabezas más nobles y tener cuerpos de mujeres por escabel, como los dioses babilónicos en su orgías. El mismo genio, mendigando algunas monedas de mi oro á fin de realizar el sueño que debe inmortalzarme, viene á doblar su rodilla delante de mí. La justicia para mí no es más que las balanzas

zas; yo puedo devorar vírgenes como el Minotau, o antiguo; puedo asesinar, y con *mi oro* comprar á los jueces, al preorio, á los abogados al carcelero, al verdugo y á la familia de la víctima.

¡Yo soy rey por derecho de *mi oro*, soy emperador, soy Dios!...

Ahora, en vez de esto, supongamos que yo vaya cubierto con una capa raída y remendada, con un traje miserable y blanquecino por las costuras; mi hogar será frío, mi dispensa estará vacía; sobrepujaré en austeridades á los más rudos anacoretas; me alimentaré con migajas desdeñadas por los ratones; me volveré á cada instante, temeroso de que hasta mi sombra sea un ladrón; no seré pródigo sino de cerrojos y cerraduras; pasaré las noches sin luz; dejaré morir á mi mujer sin medicinas y sin médico, antes que perder una partícula de este metal precioso. Las mujeres comen, los hijos codician la herencia. ¿Acaso hay necesidad de familia, ni de amor, cuando se tiene una pasión como la mía?

¡Oh! ¡Qué feliz era Midas trocando en oro todo lo que tocaba, hasta el mismo pan! Hundir los brazos hasta las espaldas en un baño de oro; remover á manos llenas cuádruplos, ducados, cequies; formar con ellos montones que se derrumban sonora y brillantemente; ver en el fondo de la cueva, santuario misterioso, reventar y esparcirse los barriles demasiado repletos de oro; revolcarse en un lecho de lises y de lingotes... Voluptuosidades desconocidas, placeres desenfrenados, goces furiosos, ¿qué son á vuestro lado las pálidas sensaciones con que se divierte el vulgo?

TÉOFILO GAUTIER

INTERVIEW

EL REPORTER.—Veinticinco años, pálido, rubio, gaban una mezcla de gomoso viajante de comercio y hortera de sedería.

EL INTERROGADO.—Tabernero, grueso rechoncho. Cuarenta y cinco años.

(La escena en la taberna.)

EL REPORTER.—¿Eh señor Chapuz?

EL INTERROGADO.—Para servir á usted.

EL REPORTER.—Buenas tardes. (Lo examina con atención solemne.) Sí, eso es... Toma notas en la cartera.)

EL INTERROGADO.—¿A quién tengo el honor de...?

EL REPORTER.—A reporter jefe del *Movimiento*.

EL INTERROGADO.—¿El re... qué?

EL REPORTER... portejefe de *Movimiento*. (No cree usted el *Movimiento*. (Se encoge de hombros.) Pero no importa: te lo pisa. Haga usted el favor de contestarme... Ante todo, deme una copa.

EL INTERROGADO.—Va en seguida. (Le sirve.)

EL REPORTER. (Se sienta ante una mesa y se prepara á escribir.) ¿Usted es tabernero?

EL INTERROGADO (que toma por testigo la escena.) Me parece que sí.

EL REPORTER.—¡Perro oficial! Pero, en fin, al á usted... Vamos, ¿usted vive en mala inteligencia con su mujer?

EL INTERROGADO (Confuso).—¿Con mi mujer? ¡Pero si no soy casado!

EL REPORTER.—Es lo mismo... ¿Con su querida?

EL INTERROGADO.—¡Pero si tampoco tengo querida!

EL REPORTER.—Ni mujer ni querida... ¡Bueno! A mí no me la da usted. Ya conozco ese sistema. Yo lo conozco todo. Pero es inútil eso contra mí. ¿Su mujer de usted lo engaña?... ¿Usted la engaña a ella? ¿Quién engaña á quién?

EL INTERROGADO.—Pero si ya he dicho á usted que...

EL REPORTER.—¡Sí, sí! Quiere usted echarse de pueril; pero eso lo vive con la prensa. ¡A la prensa nadie la engaña! No pretenda usted burlarse de ella! Yo soy la prensa, la gran fuerza moderna que denuncia, juzga y condena... Otra copa.

EL INTERROGADO.—Va en seguida... (Sirve una segunda copa.)

EL REPORTER.—La prensa es todo: la policía, la justicia, la conciencia universal... Conteste usted. ¿Por qué arrojó usted una botella de licor á la cabeza de su mujer?

EL INTERROGADO.—Pero ¡caramba! si ya he dicho á usted que...

EL REPORTER (sin hacer caso de sus negativas).—¿Cuál fue el motivo de ese acto brutal? ¿Ha sido una vulgar venganza? ¿Un estallido de ira irreflexiva? ¿Estamos ante un caso pasional? ¿Es el efecto de un atavismo? ¿Cuántos asesinatos ha habido en la familia de usted? ¿No contesta usted nada?

EL INTERROGADO (rasedndose la cabeza).—Pero ¡caramba! si he dicho á usted que...

EL REPORTER.—Otra cosa. ¿Ha habido premeditación al elegir una botella de licor? ¿Por qué de licor y no de vino? En fin, Chapuzet, lo que yo quiero de usted es que con el relato completo de su crimen, con el análisis exacto de las particulares circunstancias, íntimas, conyugales ó sociales que le han precedido, me dé usted elementos sobre los cuales pueda yo establecer la psicología del delito...

EL INTERROGADO.—Pero...

EL REPORTER.—¿Es usted impulsivo sensuoso, degenerado, neurasténico, místico, decadente, dilettante de la cirugía? ¿Qué es usted?

EL INTERROGADO.—¡Pero, hombre! Ya se lo he dicho á usted. Soy tabernero, no estoy casado y no entiendo nada de lo que usted dice.

EL REPORTER (con serenidad).—Insiste usted en negar, en burlarse de la Prensa. Bien está... Vaya á confesarle á usted... (Saca del bolsillo el *Petit Journal*.)... Otra copa.

EL INTERROGADO.—Va en seguida... (Y le sirve.)

EL REPORTER.—Aquí tiene usted lo que dice el *Petit Journal*: «A consecuencia de un altercado, cuya causa permanece en el misterio, un tal Chapuzet, tabernero en Montrouge...»

EL INTERROGADO (con viveza).—¿Lo ve usted? Así dice de Montrouge, y yo soy de Montmartre.

EL REPORTER.—¿Se llama usted Chapuzet?

EL INTERROGADO.—Sí.

EL REPORTER.—¿Eh usted tabernero?

EL INTERROGADO.—Sí.

EL REPORTER.—Pues entonces ¿qué importa que sea usted de Montrouge ó de Montmartre? Esos detalles no le importan á la prensa, porque no interesan.

EL INTERROGADO.—Pero me parece.

EL REPORTER.—En resumen, que usted insiste en no contestar á mis preguntas... Ya verá usted lo que le cuesta burlarse de la prensa, de la gran palanca de la prensa... Le arruinaré á usted, le dishonraré, diré que es usted incestuoso, infanticida... EL INTERROGADO, (aturdido).—¡Esto es demasiado!

EL REPORTER.—¿Dónde está su mujer de usted? ¿Puede verla?

EL INTERROGADO.—¡Pero si no tengo mujer!...

EL REPORTER.—¡No tiene usted mujer, y le tira á la cabeza una botella de licor!... Vaya, ¿usted lógico siquiera...

EL INTERROGADO (loco ya).—¡Caramba, caramba caramba!...

EL REPORTER (con énfasis impertinente).—¡Venga! Traiga usted su mujer... Es preciso que la vea, que le pregunte, que estudie su psicología, que averigüe el principio de su atavismo. ¿Cómo es? ¿Rubia? ¿Hermosa?... (Silencio). ¿Tiene pasiones hondas? ¿Es viciosa? ¿Ha abortado por fuerza muchas veces?... (Silencio). Veo que persiste usted en el silencio. Hablemos de otros temas: de música, de arte, de literatura, de derecho, de sociología... (Silencio). ¿Tan poco responde usted? Vaya, veo que es propósito deliberado... Ya le perará á usted... Venga otra copa.

EL INTERROGADO.—Va, va... (Y la sirve).

EL REPORTER (apurando el último sorbo).—Me marchó... Voy á interrogar á sus vecinos de usted y á los vecinos de sus vecinos... Ya sabe usted que los vecinos de nuestros vecinos son nuestros vecinos... Adiós. (Se dirige hacia la puerta).

EL TABERNERO (llamándole).—¡Eh! ¡Oiga usted! ¡Venga acá!

EL REPORTER.—Ya es tarde. Tengo mucho que hacer... Ahora quiere usted hablar... No puede ser... Lo hubiera usted hecho antes.

EL INTERROGADO.—Pero si no se trata de eso... Es que me debe usted cuatro copas...

EL REPORTER (solemne y altanero).—¡La prensa nunca debe nada!

(Y se va)

OCTAVIO MIRBEAU

Bibliografía

El editor D. Antonio López ha enriquecido la «Colección Diamante», que con tanto éxito viene publicando, con un tomo de Eduardo Marquina, titulado *Juglarías*, que acaba de ponerse á la venta, y en donde ha reunido varias composiciones inéditas, escritas casi todas—y de ahí el título del libro—para ser leídas en solemnidades públicas. Inicia el tomo la preciosa balada de cárcel en un acto *El último día*, que tan extraordinario éxito ha alcanzado siempre que se ha puesto en escena.

Todas las leyendas que integran este último y notabilísimo tomo de la «Colección Diamante», son gallardas muestras de la vigorosa y fuerte robustez de un gran temperamento poético.

La obra está impresa y presentada con el exquisito gusto que caracteriza las empresas editoriales de D. Antonio López.

Precio del tomo: 50 céntimos.—Barcelona.

Poesías festivas anticlericales

PRECIO: UNA PESETA

La cruz de Cristo

Sobre el pueblo español

Del número y clases de clérigos
seculares

TEXTO DE D. MIGUEL MORAYTA

NOTAS DE PEY ORDEIX

(Conclusión)

Y téngase presente que para razonar en firme, no traje á colación lo que cuestan sacristanes, acólitos, organistas, capillas de música, cereros, etc., ni que las solemnidades religiosas, exigen dispendios no tomados en cuenta por mí, por no ir á parar directamente á los eclesiásticos.

¿Mas á qué mayores explicaciones, cuando una sola consideración evidencia mi desacierto al tasar el coste del Estado eclesiástico? Los curas son 40.000 y los frailes y religiosas 60.000; pues aun suponiendo que el gasto personal y el que cada uno arrastra en sus relaciones particulares y por razón de oficio, ascienda sólo á 5 pesetas diarias, importando 500.000 al día, suman al año 730.000.000 de pesetas equivalentes á 2.920.000.000 de reales; es decir, á poco menos del doble de lo calculado por mí y á mucho más de la mitad de los 1.142.736.861 pesetas, importe de los gastos del Estado presupuestados por las Cortes para el año actual; cuyo convincente argumento parece al huevo de Colón, pues basta caer en él para contemplar la cuestión con luz meridiana (1).

La Iglesia católica, apostólica, romana,

negocio se basa en el principio de los muchos pocos.

En algunos obispados se están organizando los Bancos agrícolas, destinados á reunir el más álico de los labradores, y á atar á los adinerados y á los agobiados, mediante una administración, siempre unitaria, y en último caso, irresponsable, que se hará dueña del dinero de los accionistas que se lo confíen y de la hacienda del prestatario que lo necesite.

Ya se ha publicado en algunos Boletines eclesiásticos el esqueleto de este negocio, calcado sobre el modelo «Rochette», á saber: en cada Municipio funcionará la sucursal, bajo la dirección del párroco. En cada obispado la Central diocesana centralizará el capital de la región. En Roma se centralizarán los fondos diocesanos.

El pontífice nombrará el personal que haya de dirigir los mandatos episcopales; los obispos nombrarán los directores de las sucursales parroquiales; los párrocos nombrarán las Juntas locales. El dinero estará colocado de modo que sólo la mano pontificia podrá manejarle.

De no combatirse este peligro inminente y ya realizado en parte, vean los canonistas la transcendencia que puede tener para la nación.

(1) *Curias eclesiásticas.* Son estas oficinas verdaderos centros de tráfico y exportación. Los ingresos son múltiples, variables é inestimables. De ellos son parte principal la manipulación de los fondos capitales llamados de *Capellanías* y *Obras pías*, extraídas con ley y sin ley, de las arcas del Estado y de los particulares: de aquél, invocando el Concordato y convenios con la Santa Sede; de éstos, invocando el terror del infierno y la seguridad de conciencia.

Los convenios señalan el modo de colocar y negociar estos fondos, en láminas intransferibles de la Deuda; mas, como si no; la curia episcopal cumple ó deja de cumplir estos pactos sin fiscalización del Estado, y lleva al negocio usurario de la Bolsa, fuertes

resulta, pues, muy cara;... y pensar que a guiso, al tanto de las reconditeces de esta materia, podrá, guiñando un ojo y con gesto pícaro exclamar: ¡pues si supieras toda la verdad!...

Antes de engolfarme en las sumas y restas, tarea casi exclusiva de este escrito, estaba al tanto de sus dificultades; mas al formularle, me han surgido en tal número que tengo la certeza de no haber acertado. Declaro, sin embargo, que no pensé tanto en conseguir un resultado exacto como en llamar la atención sobre materia tan capital.

Raya en lo indecencioso que España no conozca el número de curas y de frailes que constituyen el Estado eclesiástico, ni que sepa ni á un aproximadamente, cuánto le cuestan. Alento á mi fin, procuré no exagerar y así le gueto a guisa vez al absurdo de la modestia; un millón de duros más ó menos, no importa en el particular tanto como la verdad; á manera de como á los protestantes les interesa la Traducción exacta de la Biblia y no el comestario, para mí sólo tiene precio el cálculo irrefutable.

A vosotros, á quienes me dirijo, cumple completar este Mensaje; rectificad mis operaciones aritméticas, separaos de mi camino y comunicándome vuestras observaciones, llegaremos al resultado que nos permitirá aseverar, que la religión vaticana no gana mucho, sino pesa tan abun-

cantidades cuya calidad y cantidad constituyen el secreto del negocio episcopal.

Otra fuente de ingresos, y no escasa, es el provisorio y vicariato en la administración de la gracia y justicia eclesiásticas, que constituyen el mayor escándalo jurídico, por no existir leyes ni procedimientos fijos, y estar los litigios, así en el fondo como en la forma, á merced de la arbitrariedad de los jueces. Antiguamente el Estado tenía puesta tasa y medida á las arbitrariedades eclesiásticas con el Tribunal de la Rota, que funcionaba dentro de la nación, con autoridad pontificia é impedía los abusos de la curia romana, irresponsable en cuanto al orden del clero secular, y con los *Comisarios generales*, en cuanto á los regulares. Al presente, el Estado ha abandonado las Regalías y no se halla manera de hacer efectivos los derechos tradicionales de la Corona y de las naciones. De lo cual ha provenido una administración propiamente anárquica, acéfala é injuriosa, terror de los jueces ordinarios y de los abogados, y que ha hecho de esta parte de la justicia nacional un feudo absoluto de la Santa Sede y de sus agentes.

Los negocios en que interviene principalmente la justicia eclesiástica con el carácter de tribunales de la nación, independientes de la nación, son las causas benéficas y matrimoniales, á las cuales últimas pertenecen las de capacidad civil matrimonial, validez de los matrimonios canónicos, dispensas de impedimentos, divorcio, legitimidad y legitimaciones de prole.

A simple vista se dejan notar las muchas causas de litigios sobre bienes y derechos civiles que arrancan de aquellas facultades, y que, por tanto, radican en las curias eclesiásticas, en donde han de buscar el origen de sus derechos los litigantes.

Los frutos sacados de esta mina no pueden apreciarse por no haber registro de lo en las oficinas del Estado y por no darse de misterio las eclesiásticas. El rumor público, ni el de los oficinistas que merodean por aquellos centros, propala hay diócesis que producen para el obispo, año bueno por año malo, hasta 2 millones de pesetas: lo que menos puede estimarse que produce son 10.000 pesetas para el obispo. El hecho es que obispos y curiales se enriquecen en estos negocios con la ruina nacional.

maduramente sobre el bolsillo de los católicos y no católicos.

El negocio de la fe

De lo mucho que aquí queda apuntado y de lo mucho más por apuntar, se desprende cierta idea del negocio de la salvación y del negocio de la fe en la Iglesia, y aún se modifica el concepto esencial de ésta. La fe eclesiástica es la comunión del clero que cobra y del pueblo que paga por todos los conceptos y manifestaciones de la vida humana.

En la vida física se paga por haber sido concebido impuramente, por nacer en pecado, por la cantidad de la comida y por la calidad, por casarse el soltero, por el voto de no casarse el refractario al matrimonio, por descasarse el arrepentido de haberse casado, por desengañarse del voto el arrepentido de haberlo hecho, por enterrar la mujer difunta el marido, por volverse á casar el viudo, por casarse con una ó con otra clase de mujer, por ser desgracia ó de otra, de fortuna, de religión ó de linaje; finalmente, se paga por morir, por ser enterrado y aún, mil años después de muertos, hay quienes siguen pagando con aniversarios el hecho de haber vivido en la Iglesia.

En la vida social y civil se paga por ser español y contribuyente del Estado, y esto por fuerza; la Bula de Cruzada, por librarse del enojo del párroco; las devociones de moda, por estar al abrigo de la maledicencia de los beatos.

Se paga el mal de la adversidad; el deseo de la fortuna; el arrepentimiento de haber pecado el malvado; el anhelo de no pecar el virtuoso; el perdón de lo mal hecho; la gracia de hacer bien. Se paga por conseguir la salud, la cosecha y la hacienda; una vez conseguida, se paga la acción de gracias por lo pasado y por la conservación futura. Si se logra, hay que volver á pagar en acción de gracias; si se pierden aquellos bienes hay que pagar para librarse de mayores males.

Hay que pagar para que no venga la peste; después de venida hay que pagar por ahuyentarla; y si se muere en ella hay que pagar el entierro del cuerpo y seguir pagando eternamente la eterna vida del alma.

La fe es inagotable é invencible. Creer siempre es, según la Iglesia, para el clero, cobrar siempre; para el fiel, pagar siempre. Como por los frutos se conoce el árbol, por la cantidad del que paga se mide la fe del devoto. El que mucho cree mucho paga, porque teme mucho, espera mucho, pide mucho, y como es insaciable su ansia de obtener, es infatigable su paciencia en pagar. ¿Quién se á capaz de medir esta fe, ni de contar los frutos de tal árbol?

Solo una cifra hay que lo describa en su totalidad: la miseria del pueblo que emigra y la devastación del territorio que abandona.

El hambre y la extenuación del emigrante es el fruto de su fe. El territorio antes poblado y ahora hecho erial... ¿no preguntéis más! ha sido cultivado por el sistema agrícola de la fe. El labrador iba á misa confiando á San Isidro el arado: carbona zaba el monte para costear novenas á Santa Bárbara, encargada de ahuyentar la tormenta. Buscó el milagro, abandonó el trabajo. Lo que antes fué villa denciosa fué reducida á paramo, donde no se oyen pájaros, sino resacas, cayó la alameda y sólo resta el ciprés del camposanto.

Éste es el coste del clero en el balance definitivo y general. Es la única cifra clara y sin velo que la oculte: la ruina de España.

La celda num.

Precio: DOS pesetas

José Nakens

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

LOS JUDÍOS

FOR

ROBERTO ROBERT

Los padres de la Iglesia decían en sustancia á los fieles:

«Los judíos están condenados á interminable cautiverio, por autores de un crimen nefando: ni hay remedio para su desgracia ni redención para su delito. Hijos son de Satanás; hijos de un pueblo que dió muerte al Hijo de Dios y que aún aspira á derramar la sangre de los cristianos.»

Esto último era más que suficiente para que cada cristiano se amoscase contra los judíos; pues añadiendo el deseo de conservar la propia y redimida pelleja al recuerdo de haber cometido aquella raza un crimen racionalmente imposible, sentíanse dominados de sagrado furor y arremetían con los hebreos, degollándoles, quemándoles, robándoles, y mostrándose en todo dignos de vida eterna.

No matarás, dijo Jesús; pero los padres de la Iglesia ¿qué digo? cualquiera que goce la dicha de haberse tonsurado de primeras, sabe que Jesús quiso decir: no matarás sino á los infieles; pero sea por la prisa que llevaba, sea por la elegancia hebraica, cometió la bella elipsis que ha dado ocasión á las gloriosas matanzas de todo género de descreídos.

Uno de los primeros Concilios, el de Elvira, celebrado el año de 305, ya prohibió á los cristianos que comiesen á una misma mesa con los judíos.

Los cristianos no siempre cumplieron con este precepto, como lo prueba el habérselo tenido que recordar varias veces, pero si lo infringían no solía ser por falta de devoción, sino de comestibles propios.

En cuyo caso eran disculpables, tanto más, cuanto que aún los que se atracaban á más y mejor en un convite de judíos, apenas salían de su casa hacían firme propósito de vengar á Jesús á la primera ocasión que se les ofreciese de dejar descalabrado al pérfido anfitrión, lo que solían cumplir con una religiosidad de que ya no quedan hoy día ejemplos.

El Concilio Agatense, celebrado en 506, decía á los fieles:

«¿Cómo! ¿Los judíos desprecian por inmundo lo que nosotros comemos, y nosotros comeríamos lo que ellos nos sirven! ¿Pues qué! ¿Hemos de reconocerlos inferiores á ellos?»

usando de lo que nos ofrecen cuando ellos desdeñan lo que les damos?

Y el pueblo decía:

—Pues es verdad! Nosotros les brindamos con la preciosa agua del bautismo que ellos no quieren, ¿pues por qué hemos de aceptarles sus copas de vino que si tuviéramos dinero podríamos comprar en cualquier parte?

El Concilio Epaonense decía en 517: «Comer con los judíos es contaminarse.»

El lector discreto comprenderá que los concilios tenían dos razones muy poderosas para reglamentar el modo de comer entre los fieles: razones religiosas la una y de alta política la otra.

Con hombres que han tenido habilidad para matar lo inmortal, no debe comer todo el que se estime en algo.

Además, en la mesa se suelen estrechar las amistades, y no convenía que los fieles se hicieran amigos de los infieles.

Por último: los pobres cristianos, después de pagar diezmos, primicias, pechos y tributos, quedaban tan de lleno dentro de la pobreza, que muchos días, muchos meses, y hasta muchos años padecían fuertes hambres.

Si á un pobre hambriento no le convida la Iglesia y le convida un judío y le sacia el hambre, el pobre corre peligro de caer en el error de que más caritativo es el judío que la Iglesia: absurdo que debía combatirse de antemano.

Y la Iglesia previsora no andaba desprevenida, y lo demostró haciendo esfuerzos milagrosos para apartar de todo trato y negocio á judíos y cristianos.

Toda relación y comunicación entre ellos prohibió un sínodo de París, y á mayor abundamiento en los Concilios Avernense y Aureliense y el Romano de 743, prohibieron el matrimonio entre judíos y creyentes, y declaró excomulgados á los que incurriesen en tan feo caso.

La gente sencilla y sana de corazón y entendimiento; los siervos que después de perfectamente redimidos por la sangre de Jesús eran traspasados, como dóciles rebaños, de un señor á otro, y que al cambiar de país cambiaban de dueño que los gobernase, solían cumplir por lo general las disposiciones conciliares; pero, doloroso es decirlo, los reyes y los señores padecían frecuentes olvidos en ese punto, y cuando tenían necesidad de un hombre activo, industrioso, mundanamente sabio, ó capaz de dar dinero á créditos, no tenían reparo en tratar

con judíos ni aun en conferirles elevados cargos, de lo cual venía á resultar que los pobres cristianos, tal vez al día siguiente de no haber comido por no aceptar el convite de un judío, se encontraban con que aquel mismísimo judío era una autoridad en su pueblo y comía con el rey ó con el obispo.

Ahora diga el más calmoso si en viendo llegada la suya no se habrían de volver los pobres plebeyos, no contra sus reyes y señores, que al fin y al cabo eran cristianos, sino contra los pícaros judíos que en resumen eran judíos.

La Iglesia sufría, pero no callaba; eso no: no ha callado ni callará: sufría, digo, pero se lamentaba amargamente de la conducta de los que debían dar ejemplo.

«¿Qué vergüenza, qué crimen, decía en 633 el Concilio de Toledo! ¿Los ministros de Cristo son esclavos de los ministros del Antecristo!»

Y en efecto, ¿qué vergüenza! Los judíos, á pesar de haber muerto á Dios, se ingeniaban de manera que vivían grandemente, mientras que el pobre cristiano, ayuna que te ayuna, apaleado por los señores, extenuado por los ayunos, perseguido de pestes y amarrado á la gleba, se devanaba los sesos y se daba papirotazos, preguntándose:

—¿Pero en qué diantre consiste la ganga de la redención?

A veces, cuando ya las pasiones mundanas le tenían muy cohibido, se hacía esa misma pregunta en voz alta; pero siempre una celosa voz de la Iglesia le decía misteriosamente:

—¿Es un misterio!

Y gracias á este teológico remiendo, el hombre tenía para un mes de resignación.

¿Qué dice en el siglo ix. el buen Agobardo, arzobispo de León de Francia?

Agobardo no era un padre Claret, que aparte las sagradas órdenes y la elevada categoría, y considerado meramente en el concepto intelectual, puede ser calificado de zamacuco. No; Agobardo era un arzobispo de veras, una de las inteligencias preclaras y de los caracteres más superiores de su época.

Verdad es que para ser algo en aquella época...

Pero no divaguemos.

Un autor cristiano que tengo á la vista, al paso que ensalza á Agobardo

(Continuará)

IMPRESA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS, MADRID.